

## Comercio fotográfico en el Centro Histórico de la Ciudad de México. Notas

Mireya B. Matus\*

**A**lgunas voces de alerta que escucharás serán los gritos de vendedores, quienes repiten una y mil veces la misma pregunta: “¿qué buscaba joven?” Sabrás entonces que has llegado al lugar donde es posible encontrarlo todo, el centro de la Ciudad de México. En sus calles caminarás siempre con la cabeza baja y la mirada enclava en lo visualmente inmediato. Son tantas las cosas que suceden frente a ti, y tendrás la sensación de que tus pasos animan una lámpara que gira y proyecta un mundo cambiante a cada metro que caminas. Tu atención, constreñida a ese espacio, te hará olvidar que en las alturas de los edificios por los que andas habitan personas cuyas vidas son regidas por un tiempo distinto al de las personas ocupadas en las calles.

En las banquetas, una urgencia contagiosa marca el ritmo de un tiempo que se devora a sí mismo de manera impúdica, haciendo que la vida en la calle sea más presente que nunca. Alguien pide permiso para pasar, todos tienen prisa porque, como dicen, en un “ratito” se

\* Historiadora del arte egresada de la Universidad Iberoamericana.



Fotografías de Paloma Mora.

hace tarde. En medio del espectáculo que ofrece el hacinamiento urbano, únicamente el Sol evoca la distancia, pero su calor te pica. Buscarás refugio bajo la sombra de una marquesina, desde donde podrás leer la placa que identifica a la calle: Donceles.

Hace tiempo que la calle de Donceles se ha venido poblando de casas fotográficas que se abren junto a las “librerías de viejo”. Se trata de negocios que anuncian: “revelado en 45 minutos, súper calidad”. Por esa calle rondan hombres de edad, que en su memoria conservan buena parte de la historia de la fotografía comercial, una historia que cuenta la manera en como se han vendido y procesado los materiales fotográficos que ilustran las aventuras personales y familiares conservadas en los álbumes. Sin embargo, los episodios del pasado no tienen cabida en el trajín cotidiano que hoy predomina en las banquetas.

En un recorrido por ellas, podemos observar el impacto actual de la fotografía comercial en la calle de Donceles, que crece auspiciada por las grandes firmas del ramo: Kodak, Fuji o Ilford. A mediados de la década de los ochenta, la primera de esas compañías inició una nueva forma de comercialización de sus productos, con base en los *minilab*, que son unas máquinas programadas para revelar e imprimir en 45 minutos, tiempo que antes un profesional tardaba horas en hacer. A partir de entonces comenzó la proliferación de este tipo de comercios, capitaneados por una nueva generación de dependientes y operarios que, respaldados por la nueva tecnología y con mínimos conocimientos fotográficos, han sido capaces de desplazar a las tradicionales formas de producir y comercializar la fotografía. ¡Hasta la vista especialistas!, los clientes entran a esos locales con la urgencia de ver lo más pronto posible los



recuerdos instantáneos de sus vacaciones, del bautizo de los niños, de los paseos dominicales, etcétera, viendo satisfecha esa necesidad a los 45 minutos de solicitado el servicio.

A través de los muros de cristal que dan a la calle se alcanzan a ver, corriendo sobre la banda del *minilab*, retratos de intimidades desconocidas. Otros clientes cruzan los mostradores porque necesitan seis fotografías tamaño infantil, con fondo blanco y frente despejada para algún trámite burocrático: “quietecito por favor y mirando aquí, donde dice Polaroid”.

Junto a esos locales, que ocupan la planta baja de viejos palacios convertidos en casas de vecindad, también se abren otras puertas que conducen al pasado. Desde la rugiente calle nacen pasillos que desembocan hacia escaleras que se pierden hacia zonas que imaginas frescas, y largos pasillos en los que el Sol apenas se filtra, espacios cúbicos que recuerdan el principio de la cámara oscura, antesalas hacia otra concepción de la fotografía. Si

decides abandonar el presente y subir hacia el interior de los edificios, encontrarás en aquellas alturas, a las que nunca elevas la mirada, verdaderas islas de quietud. Abajo dejarás un mundo que rejuvenece día a día, cada que es abastecido de novedades. Desde lo alto descubrirás que la ciudad tiene un perfil que, a diferencia de lo que sucede en las banquetas, cambia muy lentamente. Conforme vayas ascendiendo, el tiempo se irá volviendo otro.

En la calle de Donceles existen azoteas que son refugio de un mundo en blanco y negro. Ahí siguen trabajando quienes un día reinaron sobre la fotografía comercial, antiguos retratistas o fotorreporteros formados en épocas en las que el ejercicio de su oficio les exigía conocer los misterios del cuarto oscuro, así como los procesos manuales de revelado e impresión. Como si tratara de un juego de luz y sombra, llegas a ellos después de una suerte de iniciación, pues es necesario que alguien más te dé el “pitzazo” de su ubicación, porque en las calles no existe anuncio alguno



que dé cuenta de su presencia o de sus servicios. La “vieja guardia” de la fotografía comercial se refugia ahí, y para dar con ella es necesario que asumas un tiempo tan tranquilo como el de ella.

Debido a que la mayoría de los *minilab* están incapacitados para trabajar con película blanco y negro, cuando a los dependientes de esos lugares les es solicitado un trabajo de estas características, suben de inmediato hacia las azoteas, donde pueden encontrar ayuda. Si antes hubo cuartos destinados al personal de servicio, ahora han sido adaptados talleres que reparan cámaras manuales, o estudios fotográficos especializados en blanco y negro, cuya clientela es una mezcla de estudiantes de ciencias de la comunicación (carentes de laboratorios propios donde puedan revelar e imprimir), de personas que desean dar a sus recuerdos una apariencia nostálgica, de aficionados a la fotografía con inquietudes artísticas que consideran “más estéticos” los trabajos en blanco y negro, y también de quienes, preocupados por

el paso del tiempo, suben en busca de ayuda para reproducir una vieja fotografía que creen a punto de desaparecer.

Todos los vecindados en la azotea del número 52 de la calle de Donceles se dedican a la fotografía, todos dicen haber conocido personalmente a las más grandes estrellas de la época de oro del cine nacional. En la mayoría de estos pequeños establecimientos cuelgan retratos de otros tiempos: una vista de la Alameda que asemeja un grabado del siglo XIX; la imagen del presidente Adolfo López Mateos, o un *close up* de Pedro Infante y Blanca Estela Pavón. El fotógrafo Adolfo Chavero muestra en su local una de las más recientes en las que aparece Luis Donald Colosio en campaña. Si no se les pregunta, no hablan sobre ello, pero a la menor provocación —y qué mejor provocación que esos retratos— cada uno de estos hombres es capaz de relatar viejos episodios de la fotografía comercial que les ha tocado vivir.

Antes de haberse instalado en la azotea, la mayoría de estos profesionales trabajó o tuvo una casa fotográfica allá abajo, en las calles de su juventud. Algunos de ellos platican sobre las cámaras discontinuadas como si fueran novias pasadas y extranjeras: la *Mercury*, la *Devray*, la *Brownie*. Recuerdan los nombres de algunos compañeros con quienes aprendieron a calcular los tiempos en la ampliadora; dividen las etapas de su memoria en el antes y el después de los cargadores manuales, “porque entonces uno debía cargar sus rollos siempre dentro



de la manga”. Luego de un rato de plática comienzan a sentirse afectados por ese estado de ánimo que es la nostalgia, y prefieren entonces permanecer en silencio.

La esposa de Chavero sale al patio, alrededor del cual se distribuyen los locales de la azotea, y sobre el piso rojo esparce maíz quebrado para alimentar a las palomas, que rápidamente se reúnen.

Los trabajos de fotografía que se realizan en ésta y en otras azoteas de la calle de Donceles representan un puente entre el pasado y el presente, por el que transita una minoría a la que no le satisface del todo la eficacia de los *minilab*. Es el eco de una forma de trabajo que ha sido relegada y que ha encontrado refugio a esa altura en la que la ciudad se apacigua y donde los cambios bruscos de la calle encuentran su interfase. Nadie tiene ganas de calcular por cuánto tiempo más seguirán en servicio esos talleres, porque ello significaría casi lo mismo que echar cuentas

sobre el resto de vida de los hombres que ahí trabajan.

Desciendes las escaleras del edificio, y se invierten los procesos: de nuevo aparecen los ruidos de la calle, los gritos de vendedores ambulantes que te advierten el reencuentro con el tiempo acelerado de las banquetas; de nuevo la pregunta: “¿qué buscaba joven?”. Sin embargo, después de haber estado en las alturas de esos viejos edificios, las voces callejeras te sonarán ya lejanas, y el espectáculo urbano te resultará menos atractivo. Mientras tanto, los minilab continúan trabajando a su máxima capacidad, y las cámaras digitales que se ofrecen atrás de los mostradores de esos negocios, muy pronto se encargarán de modificar de nueva cuenta la imagen del comercio fotográfico en la calle de Donceles, lo mismo que la noción del tiempo y la memoria de quienes acuden a ellos. Te alejarás del centro de la ciudad espantando a las palomas.